

Capítulo 1

Marzo de 1765

Northallerton, Yorkshire

*E*staba borracho pero todavía veía bastante bien en la mal iluminada calle; lo bastante bien para distinguir a dos rufianes asaltando a una víctima, y ver que la víctima era una mujer.

Sonriendo de oreja a oreja, Catesby Burgoyne desenvainó su espada y se lanzó al ataque. Al oír su grito de guerra, los rufianes se giraron hacia él, enseñando el blanco de los ojos y boquiabiertos, y al instante emprendieron la huida.

Cate se detuvo, tambaleante, agitando la espada.

—¡Volved aquí! —rugió—. Volved aquí, canallas, a conocer mi espada.

La única respuesta fue la estampida de pies en polvorosa.

—Cobardes cabrones, maldita sea —musitó—. Una buena pelea es justo lo que necesito.

El sonido de unos suaves resuellos lo hizo girarse, con la espada levantada otra vez, pero sólo era la mujer, que estaba con la espalda apoyada en la pared de una casa, mirándolo.

La estrecha calle sólo estaba iluminada por la tenue luz de dos lámparas de una casa, así que lo único que veía era claros y sombras. Una cara blanca rodeada por pelo claro suelto; un vestido oscuro que la cubría del cuello a los pies. El vestido era respetable. El pelo

no. Ella no podía ser respetable, ¿verdad?, sola ahí en la calle por la noche.

Volvió la espada a su vaina.

—Debes de ser nueva en el oficio, encanto, para vestirme de esa forma tan sosa.

Condenación, ¿dónde estaban sus modales? No hacía ninguna falta ser grosero porque ella fuera una puta y él estuviera reñido con el mundo. Se inclinó en una venia.

—Catesby Burgoyne, señora, a su servicio. ¿Me permite acompañarla hasta su destino?

Ella negó con la cabeza, muda.

Él se le acercó para verla mejor. Ella intentó retroceder, pero estaba la pared, inamovible. Con una delgada mano se apretó el chal al pecho, como si este pudiera servirle de armadura.

—Por favor... —susurró.

Cate estaba buscando palabras que fueran tranquilizadoras cuando en una casa cercana se abrió una puerta y una voz con un fuerte acento de Yorkshire preguntó:

—¿Qué pasa ahí, pues?

El fornido hombre sostenía una vela que iluminaba más su cara y su desordenado pelo que a ellos, pero de todos modos la mujer se giró como si quisiera ocultar la cara.

Entonces, ¿tenía una reputación que temía perder?

—A la dama la asaltaron, señor —dijo, intentando que su voz no delatara todo el gin que había bebido—. Los rufianes han huido y yo me encargaré de que ella llegue sana y salva a su casa.

El hombre se asomó a mirar, pero, como haría toda persona cuerda, no miró para buscar problemas. Tal vez su tono aristocrático le sirvió en eso, dedujo Cate.

—Buenas noches, entonces —dijo el hombre y cerró la puerta.

Entonces Cate se giró hacia la mujer. Ella seguía mirándolo, pero al parecer la intervención de una persona del mundo normal y corriente le había devuelto la voz.

—Debo darle las gracias, señor Burgoyne —dijo, con la respiración algo agitada—, pero, por favor, no hay ninguna necesidad de que se retrase.

La voz y la pronunciación eran las de una persona educada. No llevaba anillo en la mano izquierda. ¿Dónde estaban, entonces, su padre o un hermano, para protegerla?

—Puede que yo no sea el más perfecto de los caballeros, señora, pero no puedo permitir que una dama ande sola por las calles por la noche.

—Vivo muy cerca...

—Entonces esto me retrasará muy poco.

Le hizo un gesto para que echara a caminar. Había estado al mando de hombres en las batallas, así que sin duda era capaz de hacerse obedecer por una mujer corriente. Ella echó a caminar, rígida de recelo.

¿O rabia?

Bueno, eso sí era interesante. La evaluó lo mejor que pudo en la penumbra. Era difícil juzgar su expresión, pero le pareció que en sus rasgos había... resentimiento. Sí, eso era, resentimiento. Podía tener motivos para recelar de él, pero ¿por qué diablos podría tener resentimiento contra su persona? Además, caminaba muy despacio, pero no lo iba a disuadir con eso.

—¿Su dirección, señora?

Ella apresuró el paso, como si pudiera dejarlo atrás, esa criaturita delgada, agriada, toda ángulos duros y antipatía.

Continuó a su lado sin el menor esfuerzo.

—Es imprudente aventurarse a salir sola tan tarde, señora.

—Simplemente deseaba caminar.

—No tengo ningún compromiso urgente, así que si desea caminar, puedo acompañarla millas y millas.

A ella se le endurecieron más los angulosos rasgos y eso en cierto modo lo divirtió, lo cual era algo bueno ese día tan deprimente.

Habían llegado a la calle principal; no vio a nadie caminando

por las aceras, pero esa era también la Gran Carretera del Norte, bordeada por posadas, todas abiertas todavía, a la espera de clientela tardía. Pasó traqueteando una diligencia, que viró y entró por la puerta en arco del patio de la Golden Lion, la mejor posada de la ciudad.

A la izquierda estaba la Queen's Head, una posada roñosa, mal llevada, en cuya taberna no logró ahogar sus penas. Había escapado para tomar aire fresco, pero el aire fresco de marzo era frío en Yorkshire, y la próxima diligencia a Londres pasaría a primera hora de la mañana. Necesitaría una cama para pasar la noche, pero sólo podía permitirse una habitación compartida con otros.

La mujer estaba simplemente detenida ahí.

—¿Ha olvidado dónde vive, señora? —preguntó en tono guasón.

Ella se giró bruscamente a mirarlo.

—¿Por qué anda usted por las calles de noche?

—A los hombres les está permitido, señora, sobre todo a uno que tiene una espada y sabe usarla.

—A los hombres se les permite cualquier cosa, mientras que las pobres mujeres no tenemos ningún derecho.

Ah.

—¿Qué hombre en particular la ha ofendido? Tengo una espada y sé usarla.

Ella emitió una corta risita.

—No va a retar a duelo a mi hermano.

—¿Él no lucharía?

—Sólo en un tribunal. Es abogado.

—La más baja forma de escoria.

Eso lo dijo a modo de mofa general, vulgar, pero ella contestó:

—Pues sí.

¿Qué le habría hecho el cabrón del hermano? ¿Algo que él podría vengar? Estaba harto de guerra, pero en ese momento un acto de asquerosa violencia le resultaría inmensamente satisfactorio.

—¿Su nombre y dirección? —preguntó.

—No sea ridículo.

—Tal vez él tiene motivos para ser vil si usted lo azota con esa lengua afilada.

—Usted sería igual si... ¡Ah! —La exclamación era de exasperación pura—. Supongo que por ser hombre va a insistir en salirse con la suya. Muy bien.

Diciendo eso cruzó la calle con paso enérgico, entró en un callejón bordeado por pequeñas edificaciones, y se detuvo ante la puerta de la cuarta casa.

—Buenas noches, señor.

Fue un siseo, enfadado pero cauteloso. O sea, que deseaba evitar que los vecinos se enteraran de su indecorosa conducta. Lo único que iluminaba el callejón era una luz que salía por las rendijas de un par de contraventanas cerradas, pero él vio que la casa era pequeña y tal vez sólo tenía dos habitaciones en cada piso. A juzgar por su porte y su manera de hablar, estaba claro que la mujer había venido a menos.

—¿Está dentro su hermano? —preguntó en voz baja.

—No, gracias a Dios.

—¿Volverá pronto?

—¿Si vive aquí? ¿Aaron?

Se rió, pero se apresuró a taparse la boca con una mano.

Algo iba mal ahí, y a él le resultaba difícil desentenderse de los casos perdidos; eso le amargaba la vida.

—Si me invitara a entrar, señora, tal vez podría aconsejarla.

—¿Invitarle a entrar? —Miró alrededor, desesperada, por si veía a alguien que pudiera escuchar—. Váyase.

—No estoy pensando en violarla. Usted necesita ayuda, pero no podemos hablar aquí de su situación.

—No podemos hablarla en ninguna parte. Márchese o gritaré.

—¿De verdad?

Ella soltó el aliento en un siseo.

—Miserable borracho...

Se abrió la puerta de una casa cercana.

—¿Quiénes? ¿Quiendahí?

Era la voz de un anciano de acento tan cerrado que Cate no entendió las palabras, y eso que era de Yorkshire, nacido y criado ahí. Pero el sentido estaba claro.

Bajó la manija, abrió la puerta y la hizo entrar de un suave empujón. Tuvo que bajar la cabeza para entrar tras ella, y cerró la puerta. Los dos se quedaron inmóviles, con los oídos atentos, y Cate cayó en la cuenta de que los huesudos ángulos de ella estaban en contradicción con un agradable olor; se tomaba el trabajo de aromatizar su ropa con hierbas.

Entonces oyó el gemido de un perro.

Se giró a mirar el nuevo peligro, pero el perro era pequeño, parecía un spaniel, de buena raza. Era difícil captar su humor, al estar delante de la vela que iluminaba la habitación de atrás, pero los perros no amenazan con gemidos.

Pasando junto a él, la mujer corrió hacia el perro y le acarició las grandes orejas caídas.

—No pasa nada, *Toby*.

La mujer y el perro entraron en la cocina, así que él los siguió, agachándose por instinto, aunque las vigas no le tocaban la cabeza, por poco. El suelo era de tierra batida, el aire estaba húmedo y en la primera habitación sólo había un sillón, con el asiento bien hundido.

¿Habría vendido los demás muebles para poder sobrevivir?

¿Cuál sería la historia?

Entró en la cocina con la cabeza gacha y se encontró ante un cuchillo, bien firme en esa huesuda mano. Sólo era un cuchillo de cocina corto, pero era posible que estuviera lo bastante afilado para causar cierto daño.

El perro se limitó a gemir otra vez, el muy cobarde, pero ella, con su arma y sus ojos fieros y resueltos, su pelo claro brillante a la luz de la vela, estaba magnífica.

Cate levantó las dos manos.

—No es mi intención hacerle ningún daño, señora. Tiene mi palabra.

—¿Y por qué tendría que fiarme de su palabra? Márchese. Inmediatamente.

—¿Por qué? —preguntó él, echando una evaluadora mirada alrededor.

La vela de sebo daba muy poca luz y mucho mal olor, pero iluminaba bastante bien la pobreza. Hacía frío en la diminuta cocina, como en el resto de la casa; si había habido un fuego encendido en el fogón, hacía rato que se había convertido en cenizas; no se veían señales de comida.

Los únicos muebles eran una mesa de pino con dos sillas y una especie de aparador muy basto en que se guardaban cazos y utensilios baratos; pero junto a los cazos había unos cuantos objetos de bonita porcelana y de cristal. ¿Restos de la vida mejor que proclamaba su educada pronunciación y su actitud orgullosa?

¿Por qué esa diosa estaba sola y en una situación tan desesperada? ¿Por qué estaba tan desaliñada y tan pobremente vestida? El vestido que la cubría totalmente era de un matiz de negro particularmente lúgubre, y el chal de punto era de un feo color marrón.

¿Habría salido a la calle con la intención de ganar unos pocos peniques de la única manera posible?

Su flacura revelaba hambre, pero al mismo tiempo daba fuerza a esa cara digna de una emperatriz romana: frente ancha, nariz larga y recta, unos labios en curva perfecta y el mentón cuadrado. No era una cara para conquistar al mundo elegante pero, pardiez, él estaba en peligro de ser conquistado por ella.

—Márchese —repitió ella, aunque con voz insegura.

El cobarde perro volvió a gemir, metido entre sus faldas.

Comprendiendo que su altura la asustaba, se sentó y puso las manos sobre la mesa. Mirándola a los ojos, dijo:

—Admiro su valor, señora, pero no me va a ahuyentar, y si se

decide a pelear, no me hará algo más que un rasguño. Es mucho más sencillo que se siente y me cuente su historia.

Ella intentó mantenerse firme, pero le temblaron los labios.

Córcholis.

Rápidamente sacó la petaca forrada de piel del bolsillo y la puso sobre la mesa.

—Beba un poco de esto.

—¿Qué es?

—Valor holandés.

—¿Qué?

—Ginebra. Gin.

—¡Gin!

—¿Nunca lo ha probado? Endulza la bilis.

Ella cambió de mano el cuchillo y volvió a cogerlo empuñándolo de otra manera. Sobresaltado, él medio se levantó para defenderse, pero entonces ella lo empuñó con las dos manos y lo enterró en la desvencijada mesa, bien profundo.

—Caramba —dijo él pasado un momento de admiración—. Siéntese, por favor, beba y explíqueme todo.

—Usted ya ha bebido demasiado, señor.

—Nunca es demasiado a no ser que esté inconsciente. Tiene copas, veo. Incluso podríamos ser elegantes.

De pronto ella se rió. Fue una risa fea, pero una especie de liberación. Se echó hacia atrás el pelo que le había caído sobre la cara, cogió dos copas de cristal y las colocó sobre la mesa. Entonces fue a la parte de atrás, abrió un armario bajo y volvió con una botella.

—Coñac —dijo, poniéndola junto a los vasos—. El cordial medicinal de mi madre. Iré a buscar agua.

Cate cogió la botella y le quitó el tapón.

—Sería una lástima aguarlo. ¿Su madre está arriba en cama?

—Mi madre murió.

—Mis condolencias.

—Hace cuatro meses.

Cate maldijo su mente obnubilada por el licor. Ella le estaba dando trocitos de un cuadro y él no lograba armarlos.

Ella se sentó enfrente, con la espalda recta y orgullosa.

—Sírname un poco, entonces.

El cuchillo estaba vertical entre ellos. En la mente intentó formarse una vaga referencia a la espada de Damocles, pero fracasó.

Olió el coñac. No era bueno, pero tal vez no era atroz. Sirvió medio dedo en una copa y la arrastró hacia ella. Sirvió la misma cantidad en la otra. Normalmente servía más, pero ese medio dedo podría bastar para hacerla caer debajo de la mesa. No quería emborracharla, sino sólo soltarle la lengua.

¿Y tenerla en sus brazos?

No, en su vida no había lugar para una tontería así, pero la ayudaría si podía.

Apareció el spaniel junto a su rodilla, gimiendo, aunque esta vez era pidiendo atención.

—Vete de aquí, cobarde.

—No sea cruel —dijo ella—. *Toby*, ven aquí.

El perro se deslizó hacia ella y sólo entonces él vio que le faltaba una pata trasera. Demonios, un perro cojo para un caso perdido, aunque un halcón le parecía más digno de la diosa. Cogió su copa y bebió, consciente de que tenía que marcharse antes de enredarse.

Ella bebió un sorbo e hizo un mal gesto. Pero volvió a beber, pensativa. Una mujer dispuesta a explorar nuevas experiencias. Otro anzuelo enterrado en su corazón.

—¿Me dice su nombre, señora?

—No.

—Yo le dije el mío.

—Pues, lo he olvidado.

Él dudó un momento, porque la casa de la familia Burgoyne, Keynings, estaba a menos de veinte millas de distancia, pero prefería la sinceridad.

—Catesby Burgoyne, a su servicio.

Ella rodeó la copa con las dos manos, como si el coñac pudiera calentárselas.

—Extraño nombre, Catesby.

—Es el apellido de la familia de mi madre. Sí, del linaje de Robert Catesby, que dirigió la conspiración papista de la pólvora para hacer volar a Jacobo primero y al Parlamento junto con él.

—¿El asunto Guy Fawkes? Extraño pasar ese legado a un hijo.

—Muchas veces lo he pensado, pero ella piensa que ese apellido representa a una persona que se mantiene firme en sus principios.

—¿Es usted papista, entonces?

—No, ni tampoco lo es ella, ni sus padres ni sus abuelos.

Ella curvó los labios y chispeó el humor en sus ojos profundos de párpados semientornados. Otro anzuelo. O más bien dos. Un agudo sentido del humor y unos ojos impresionantes. ¿Se reiría durante la pasión que prometían sus ojos? Eso era también lo que le gustaba.

Levantó su copa, como brindando por ella.

—No dije que mi madre fuera una mujer racional. ¿Su nombre tiene connotaciones tan horribles? ¿Judit, tal vez, la que le cortó la cabeza al invasor Holofernes? ¿Boadicea, que dirigió a sus ejércitos en contra de los romanos?

Ella se limitó a sonreír.

—¿No contesta? Entonces la bautizaré Hera.

—¿La esposa de Zeus?

—Reina de los dioses.

—Pero por virtud de su matrimonio. Preferiría ser Judit, que actuó por cuenta propia.

—¿Hay un hombre al que desea decapitar?

Ella simplemente bebió otro poco de coñac, contemplando el cuchillo, pero todo el humor la había abandonado.

—¿Su hermano, tal vez? Abogado... ¿y jugador?

Ella lo miró sorprendida.

—¿Qué le ha hecho pensar eso?

—La pobreza.

—Aaron no es pobre.

—Entonces es cruel.

Ella bebió otro trago de coñac. Pronto estaría tambaleante, pero no se le había soltado la lengua. Le sirvió otro poco en la copa y se llenó la suya.

—Yo tengo un hermano —dijo, para animarla a hablar—, pero es un príncipe entre los hombres. Un hijo tierno, un marido leal y un padre amoroso pero firme.

—Es usted afortunado, entonces.

—De eso no me cabe duda.

Ella ladeó la cabeza.

—¿Él no es todo lo que parece?

—Lo es.

—Pero eso a usted lo amarga. ¿Porque no es ninguna de esas cosas?

Era tan afilada como su cuchillo, maldita sea, pero eso le aumentó la admiración.

—¿Su hermano? —insistió—. ¿Cómo puede verla en esta situación? Está claro que usted nació para cosas mejores.

—No me ve. No me visita. No ha venido a verme nunca desde que murió mi madre, y entonces vivíamos en otra parte. —Bebió otro poco y nuevamente rodeó la copa con las manos, contemplando el movimiento de la luz de la vela en el licor—. Yo lo creía un hijo tierno, un buen hermano.

El coñac estaba haciendo su trabajo, por fin. Cate apenas recordaba cuándo una cantidad tan pequeña lo había hecho parlotear. Hacía mucho, mucho tiempo.

—¿Hasta? —preguntó.

—Ayer. Hasta ayer yo seguía aferrada a la esperanza. Hoy recibí su carta. —Miró el papel desdoblado que estaba en el suelo—. La

envió por mano. Considerado, tal vez, al ahorrarme los peniques del correo normal, pero llegó tarde. Todo siempre parece peor por la noche.

—¿Qué dice?

—Que las responsabilidades derivadas de su inminente boda le hacen imposible aumentarme la suma de dinero que me envía para mi manutención.

—Eso no es del todo incomprensible.

Ella lo miró a los ojos por encima del cuchillo.

—¿No? Me envía tres guineas al mes.

—Eso es muy poco —concedió él.

—Mientras escribe acerca de la hermosa casa que va a tener pronto y el coche con dos caballos para su futura esposa.

—Ah.

Ella dejó la copa sobre la mesa con tanta fuerza que el coñac saltó fuera.

—Me debe una vida decente. Me la debe. Y a mi madre si estuviera viva. Todo lo que es, todo lo que tiene, se lo debe a nuestro incansable trabajo y sacrificio durante más de diez largos años. Hemos vivido sin ninguna elegancia ni complacencia, y muchas veces sin lo más necesario también.

Cate contemplaba casi sin aliento esa belicosa vehemencia.

—Vivo «aquí» —continuó ella, moviendo el brazo como para abarcar el entorno—. En otro tiempo teníamos una casa hermosa, pero... nos hemos ido mudando a casas más y más pobres con el fin de mantenerlo. Mi dulce madre murió en la pobreza. Y todo para que mi hermano pudiera educarse y establecerse en su profesión. Para que pudiera devolver a mi madre una vida decente y cómoda. Para que pudiera ayudarme a hacer un buen matrimonio.

—¿Y ahora?

—Ahora derrocha el dinero y dice que debo esperar.

—¿Esta noche usted salió para ir a visitarlo?

—Vive en Darlington. —Bebió otro trago y al parecer lo sabo-

reó—. Cuando leí esa carta no podía creer lo que decía... espera, espera, espera. Esta casa tenía que ser para un corto periodo de tiempo, para mi primer periodo de luto, y mientras Aaron terminaba su formación. Ejerce la profesión de abogado. Pronto hará un buen matrimonio con una mujer que aporta dinero. ¿Qué necesidad hay de esperar? Me asombré, después me enfurecí, me enfurecí mucho, mucho. Sentí... sentí lo que me hace sentir este coñac.

Miró el cuchillo como si se estuviera imaginando una finalidad letal.

Pestes. El asombro se lo podía creer, lágrimas las esperaría, pero su furia era de otra clase, sobre todo cuando la impulsó a enterrar el cuchillo tan profundo en la madera. Podría estar encaminándose al manicomio o incluso a la horca.

—Pero ¿por qué salió? ¿Qué pretendía?

Ella lo miró pestañeando.

—¿Pretender? Simplemente no podía estar aquí dentro. Me sentía sofocada, rodeada por la oscuridad, la humedad y las pruebas de todas nuestras privaciones. Recordando las tiernas promesas que le hizo a mi madre, las lágrimas que derramó junto a su tumba porque su prosperidad había llegado demasiado tarde. En parte la culpa fue de mi madre, siempre tan resuelta a mirar la parte más positiva de las cosas, aun cuando...

Cate le sirvió otro poco de coñac en la copa, deseando que terminara esa frase. Esa no era una tragedia nueva. ¿Cuáles eran las causas?

—Él siempre agradecía muchísimo las monedas extras que lográbamos ahorrar —continuó ella—, pero nunca comprendió lo que nos costaban. Mi madre siempre insistía en que nos pusiéramos nuestra mejor ropa para recibirlo y le servíamos el té en las pocas tazas de porcelana que nos quedaban. Los muebles eran decentes entonces, pero tuve que venderlos para pagar el funeral. Mi madre me obligó a prometerle que Aaron no debía pagar nada, pues necesitaba cada penique para establecerse en su profesión.

—Entonces tal vez no toda la culpa es de él.

—Si tuviera una pizca de sentido común, si alguna vez mirara más allá de sus comodidades.... Pero nunca me imaginé. Leí esa carta, y... fue demasiado. Me sentí ahogada, necesitaba aire. Simplemente salí a la calle a caminar.

—Hasta que la asaltaron.

—Hasta entonces.

Apagado su fuego, puso un delgado dedo sobre unas gotas del coñac derramado para hacer un dibujo. Un dedo marcado por el trabajo, con la uña rota. Tres guineas al mes. Con eso pagaría el alquiler, compraría carbón y comida, pero poco más.

—¿Qué piensa hacer respecto a su hermano?

Ella enderezó la espalda.

—¿Hacer? Volveré a escribirle. Yo tengo la culpa por haber continuado con la costumbre de mi madre y no dejarle clara la situación.

—¿Y si no responde como usted desea?

—Debe.

Él no podía tener la seguridad que ella manifestaba con su tono. Ella no tenía ningún arma en esa lucha, y tenía que saberlo. Ojos que no ven corazón que no siente, un dicho potente, y si su hermano optaba por el egoísmo, ella seguiría eternamente viviendo ahí de esa manera.

Un algo de ella lo atrapaba con tanta fuerza que deseó llevársela a una vida mejor, pero ¿qué tenía para ofrecerle? No tenía profesión. En el ejército le aconsejaron enérgicamente que vendiera su comisión, y le dijeron que no lo recibirían bien de vuelta. Su historial en otras empresas era deprimente.

Su hermano podría haberle fijado una asignación si no hubieran estado casi a punto de liarse a puñetazos hace unas horas. Ya no podía volver a Keynings nunca más.

Al parecer su única opción era buscarse una esposa rica; no tenía mucho que lo recomendara a una familia de su misma clase, pero tal

vez que fuera el segundo hijo de un conde tendría algún valor para un comerciante rico o algo así.

No, no tenía nada para ofrecerle a Hera.

—¿No viviría mejor como institutriz o dama de compañía? —sugirió.

—¿Convertirme en «criada»? Jamás. Tendré lo que me corresponde por derecho. Seré una esposa y tendré mi propia casa.

—Boadicea —dijo él haciendo un gesto de pena—. Dirigió a su ejército contra los romanos, y la mataron junto con casi toda su gente.

—No creo que yo esté en ese peligro, señor Burgoyne.

—Espero que no. Pero debe de saber que nuestro mundo no es amable con las mujeres exigentes, por muy justa que sea su causa.

—Bebió el resto de su coñac y se levantó—. Lamento su situación, señora, pero no puedo hacer nada para ayudarla.

Ella también se levantó y tuvo que afirmarse en el respaldo de la silla para no caerse.

—Y no lo esperaba, señor Burgoyne. Le agradezco que haya ahuyentado a los rufianes, y deseo que le vaya bien.

Tenía la mano delgadísima, y qué sola estaba. Sí que había una manera ínfima de ayudarla. Sacó dos chelines del bolsillo.

—Sólo tengo dinero suficiente para viajar a Londres en la diligencia y comer y alojarme de la manera más sencilla, pero puedo dejarle esto si me permite dormir aquí esta noche. Así tendré más intimidad y menos temor a las pulgas, y usted tendrá el doble de su asignación por el día.

Ella miró los chelines y se pasó la lengua por los labios. Las monedas tenían valor para él en ese momento, pero en Londres tenía dinero y podía ganar chelines e incluso guineas de muchas maneras. Ella, por ser mujer, no.

—¿Y si alguien se enterara? Estaría deshonrada.

Esos labios lamidos podrían llevarla a la deshonra si él fuera otro tipo de hombre. Condenación, no debería estar sola y sin protección. Tal vez él podría ir a ver a su hermano...

Locura. No sabía el apellido del hombre ni su dirección, y no tenía ningún medio para obligarlo a hacer lo correcto. Y deseaba una vida sin complicaciones a partir de ese momento.

—Le prometo que me marcharé temprano y tendré cuidado.

Ella se mordió el labio, sin duda luchando consigo misma, pero el coñac es muy eficaz en aflojar los principios.

—Muy bien —dijo cogiendo la vela—. Le llevaré al dormitorio donde tengo la cama que era de mi madre. Lamento que no esté oreada.

—He dormido en camas en peor estado.

Antes de seguirla, cogió el mango del cuchillo y comenzó a tirar para desenterrarlo; ella se apartó, mirándolo atemorizada, pero él continuó hasta sacar el cuchillo y lo dejó sobre la mesa.

—Esta es una lección para ti, Hera. Te habría resultado muy difícil sacarlo. Siempre procura pensar en las consecuencias cuando actúes impulsada por la furia.

Ella se giró, se dirigió a una estrecha y empinada escalera y comenzó a subir, con la espalda muy rígida, que hablaba de resentimiento.

El camino nunca es llano para una mujer valiente y rebelde, pensó él.

Llegaron al rellano, un espacio diminuto entre dos puertas, en el que se encontraron peligrosamente encerrados. Ella abrió la puerta de la derecha y entró, y él pudo volver a respirar. Condenación, no había sentido una atracción tan instantánea y potente por una mujer desde hacía años.

Ella encendió el cabo de una vela iluminando la habitación, también casi vacía. La estrecha cama le quedaría corta, pero serviría.

—Gracias. Me marcharé antes que te levantes. Deseo que te vaya bien, Hera.

—Yo también... te lo deseo, Catesby.

La parpadeante luz de las dos velas hacía extraños juegos de

luces y sombras en la cara de ella, y formaban cosas raras en la mente de él.

—Mis amistades me llaman Cate —dijo.

Reapareció el humor en la cara de ella.

—¿No te causa azoramiento eso?

—Tengo una espada, no lo olvides, y sé usarla.

Volvió a desaparecer el humor.

—Hombre afortunado.

Él deseó llevarla por senderos de rosas; de vuelta a ellos; en otro tiempo había sido feliz y alegre; eso lo sabía. Antes que cual fuera el desastre que hubiera hecho caer tan bajo a su familia. Deseó que su vida fuera fácil, devolverle la frivolidad y las risas.

Pero en eso él era impotente.

Ella seguía en la habitación. Volvió a dificultársele la respiración, medio deseando, medio temiendo, la intención de ella. Se le despertó el deseo, y en eso no era impotente en absoluto, pero ella no prometía otra cosa que problemas, y una relación con un desconocido sería desastrosa para ella.

Entonces, cuando levantó la cabeza y lo miró a los ojos, él seguía desesperado combatiendo su naturaleza más baja.

—¿Me das un beso?

«Demonios, Cate, no lo hagas.»

—Me pareció que me considerabas un peligro.

—Somos camaradas de bebida —dijo ella, frívolamente, mirando la pared, pero enseguida volvió a mirarlo a los ojos—. Nunca me han besado, y ahora me parece que nunca me besarán, así que se me ocurrió...

Él no podía resistirse a esa noble necesidad.

—Los hombres de Northallerton son unos tontos —dijo.

Cogiendo la vela que ella tenía en la mano, la puso junto a la otra y entonces ahuecó la mano derecha en su cara. Le habría gustado introducir los dedos por su pelo suelto, pero ella ya estaba tensa y él sentía demasiado deseo, así que simplemente la besó.

Ella le cogió la muñeca con una mano, pero no protestó. Demasiado tarde él comprendió que ella podría aterrarse y comenzar a gritar, y que él no podría alegar nada en su defensa.

Pero ella no gritó, y él deseaba darle eso.

No tenía ni idea de cuánto deseaba ella un beso, y dudaba de que lo supiera, así que volvió a besarla, moviendo los labios sobre los suyos con la esperanza de que los abriera; ella presionaba los labios sobre los de él, pero estaba claro que no sabía qué hacer.

Él podía bajarle el mentón con el pulgar, para que abriera los labios, pero simplemente continuó moviendo los labios sobre los de ella. Ella se relajó, pero no daba señales de que deseara más. Pasado un momento deslizó los labios para besarle la mejilla, con la intención de poner fin al beso.

Un instinto lo impulsó a abrazarla.

Tal vez él necesitaba eso tanto como ella.

Ella estaba rígida, hasta que de pronto se apoyó en su pecho con la cabeza gacha, agotadas sus fuerzas. Él le acarició la espalda, notando su flacura en los huesos de la columna y los omóplatos. Era la flacura del hambre constante, y eso lo enfureció.

«No hay nada que puedas hacer, Cate.»

La apartó suavemente y la sujetó hasta estar seguro de que estaba firme sobre sus pies.

Ella levantó una mano, tal vez para tocarse la boca, pero se la pasó por el pelo, como si temiera que se le hubiera desordenado.

—Gracias —dijo, sin mirarlo a los ojos.

—Deberíamos celebrar tu primer beso con un festín. Iré a una de las posadas a comprar un poco de comida.

Entonces ella lo miró a los ojos.

—No puedes ir y venir —dijo en un susurro—. La gente de esta calle observa las cosas.

—¿Cuándo comiste por última vez?

—Hace unas horas.

—No comiste suficiente.

—¿Quieres ser poco halagüeño respecto a mi apariencia, señor Burgoyne?

Él sintió ganas de reírse ante esa actitud altiva y engréida, pero el asunto no tenía nada de divertido.

—Deseo ayudarte. Dime tu nombre y cuando llegue a Londres te enviaré dinero.

Ante eso ella volvió a enderezar la espalda, muy rígida.

—No. No acepto caridad, y mucho menos de ti. Es a mi hermano a quien le corresponde ayudarme, y estoy segura de que lo hará.

—¿Y si no?

—Me las he arreglado y continuaré arreglándomelas.

Él deseó darle una buena sacudida.

—Entonces, buenas noches —dijo.

—Sí, buenas noches.

A pesar de la firmeza de su voz, ella vaciló, y él pensó qué haría si ella le pedía más, tal vez incluso todo.

Pero ella cogió la vela, salió a toda prisa de la habitación y cerró la puerta.

Maldita sea, la reina orgullosa e imperiosa, pero era mejor así. No le hacían falta más problemas en su vida.

Apagó la preciosa vela entre los dedos, tratando de pellizcar al mismo tiempo sus sentimientos tiernos. Una Boadicea en ciernes no era asunto suyo.